

La visión de España desde Alemania: un panorama diacrónico

Walther L. Bernecker^A
Universidad Erlangen-Nürnberg (Alemania)

RESUMEN: La visión que han tenido los alemanes de España, ha estado expuesta a múltiples variaciones a lo largo de los últimos siglos. A principios de la Edad Moderna, empezando con la era de Carlos V y abarcando la época del humanismo y la Reforma protestante, la visión fue más bien negativa. Más tarde, la imagen de España fue cambiando con la suerte del imperio español. En el siglo XIX, renació la moda de España de la mano de los viajeros románticos que descubrieron en ella una pervivencia de lo exótico, aspecto este que se había perdido en una Europa recientemente industrializada. También el régimen de Franco estaba interesado en presentar una visión de España como país "diferente", perpetuando en cierta manera la visión decimonónica de España en el extranjero. En la transición a la democracia, después de 1975, volvió a cambiar la visión de España desde Alemania. España fue contemplada con gran simpatía y admiración, se interpretó a la sociedad española como una muestra de vitalidad, pluralidad y comportamiento cívico. En los últimos años, en el problemático contexto de la crisis económica y financiera, la percepción mutua entre alemanes y españoles se ha enturbiado algo, reavivándose viejos prejuicios. La conferencia enmarcará las visiones variantes de España desde Alemania en sus respectivos contextos históricos analizándolas como resultados de constelaciones concretas entre los dos países.

En su ensayo *La muerte en Venecia*, Thomas Mann retrata a su "héroe" prusiano Gustav von Aschenbach como una persona poco viajera que sólo va al sur para esquivar los "veranos lluviosos" del norte. La idea que tiene Gustav von Aschenbach del Sur, es bastante inequívoca: el Sur es ameno, tierno, suave, no demasiado exótico. Pero esta idea del Sur no se materializa tras su llegada a Venecia, pues lo que encuentra es una ciudad de ambiente balcánico, de temperaturas tropicales y de carácter decadente, nada amena y amable como se la había imaginado. Thomas Mann contrasta, pues, diferentes e incluso contradictorias imágenes del Sur: por un lado, la imagen idealizada de un clima siempre agradable, de folclore romántico y de la belleza del mar, por otro un lugar si bien fascinante en los confines de Europa, también y al mismo tiempo peligroso y amenazante. El sur, con su rica historia y sus tradiciones, es una región lejos de las esferas de la propia cordura, a fin de cuentas un lugar temible de aspiración "nórdica"¹.

Para Thomas Mann y su protagonista Gustav von Aschenbach no había duda que Venecia se encontraba en el Sur, lo que por un lado indicaba una dirección geográfica; pero por otro lado, el lector nota rápidamente que este Sur de Thomas Mann no es en primer lugar una categoría objetiva, geográfica, sino que expresa

^A **Walther L. Bernecker** (*17.07.1947), Estudios de Historia, Hispanística y Germanística (Filología iberorrománica) en la Universidad de Erlangen-Nürnberg; 1988-92. Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Berna (Suiza); desde 1992 Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Erlangen-Nürnberg. Sus campos de trabajo son la historia contemporánea de España y América Latina.

ante todo una noción en el mapa cognitivo del centroeuropeo Gustav von Aschenbach: la región del sol y del clima agradable, de la rica historia y tradición, de las formas de vida sencillas. Este tipo de *mental map* no tiene una clara delimitación geográfica. No es la cartografía la que decide la forma de las regiones imaginadas, sino una serie de asociaciones características que tienen una función valorativa.

Reflexiones generales

Es obvio que existe una tensión perceptible entre la práctica de ordenar el mundo en nuestras cabezas según determinadas categorías y el intento de llevar un debate "objetivo" y "neutral" sobre diferencias culturales. Desde la publicación del estudio *Orientalism*, de Edward Said, se sabe que categorías centrales del discurso culturalista occidental muchas veces son producto de una subdivisión imaginada del mundo según puntos de vista normativos o políticos².

Los intensos debates de los últimos años sobre procesos del *mental mapping* han tenido por resultado que entretanto tengamos una idea relativamente clara de la historia y de las connotaciones normativas de conceptos espaciales europeos, ante todo de los conceptos "Occidente", Europa central o los Balcanes³. Menos se ha trabajado sobre la macro-región del Sur europeo, lo que probablemente tenga que ver con el hecho que la historia de la Europa meridional no es una disciplina científica institucionalizada, como p.ej. la historia de Europa Central u Oriental. Por otro lado, es extraño que no se haya profundizado en la investigación del Sur europeo como concepto espacial histórico, si se considera que la división de Europa en un hemisferio sureño y otro norteño ha definido los *mental maps* del continente por siglos. Desde la antigüedad, este esquema sirvió para separar intelectualmente la parte sur y "civilizada" de la parte norte y "bárbara" del continente. No sería hasta los siglos XVIII y XIX que este modelo fue reemplazado por la división intelectual de Europa, dominante hasta hoy, en una parte oriental y otra occidental. Pero también en los siglos XIX y XX, el Sur seguiría siendo una categoría importante en los mapas cognitivos del continente, sólo que ahora de signo inverso. En los discursos sobre las diferencias entre el Sur y el Norte, el Sur ya no es el prototipo de la "civilización", sino más bien del atraso económico, de la corrupción, del caos político y de la criminalidad. La imagen positiva del Sur como cuna de la historia europea, de una zona de clima temperado y rica vegetación, que atraía a tantos poetas e

intelectuales del norte: esta imagen ha encontrado su último refugio en los catálogos de empresas turísticas o en guías de viaje. El Sur fue y sigue siendo, pues, una categoría valorativa en nuestro mapa cognitivo, que ha sido re-interpretada: de ser el origen de la civilización europea a convertirse en una región económica y socialmente problemática.

Un segundo motivo por el cual el Sur merece la atención de los investigadores es el hecho que la Europa meridional no sólo tiene condiciones climáticas parecidas, sino que en determinadas épocas de la historia ha sido moldeada por procesos estructuradores conjuntos. Por eso, Fernand Braudel reconoció en la *Méditerranée* una propia "personalidad histórica". Los países limítrofes con el Mar Mediterráneo fueron parte del Imperio Romano, de allí provino la cultura clásica. En la época moderna, el Mediterráneo unía las ciudades costeras y portuarias hasta formar un espacio comercial y comunicativo. Por las costas del Mediterráneo se divulgaron el cristianismo y el islam, este espacio estaba expuesto a influencias recíprocas y múltiples conflictos⁴. Se tratará de ver si "el Sur" puede ser descrito como una región histórica europea y cómo ha cambiado la percepción del Sur a lo largo del tiempo.

La idea del "Sur europeo" jugó un papel importante en discursos bien diferentes: en concepciones científicas geográficas, históricas o antropológicas al igual que en discursos identitarios nacionales o en el mundo imagológico del turismo. Las connotaciones de los conceptos y las fronteras imaginadas del Sur pueden variar sensiblemente. Como característica común resalta el intento de pensar un espacio relativamente homogéneo y contrastar este espacio con otro, pensado también como tipo ideal. Si bien hay, pues, un aspecto común estructural, todavía no está claro cuáles son las especificidades de la percepción y de la imaginación del "Sur", cuáles son las funciones que debe cumplir el "Sur" en diferentes discursos.

La segunda pregunta central es, qué significa la "deconstrucción" del Sur para el concepto analítico de región histórica. Según Braudel, el espacio del Mediterráneo no es sólo una región geográfica, sino también histórica. Geografía e historia son unidades íntimamente relacionadas la una con la otra. Y la pertenencia de un país a una macro-región frecuentemente se corresponde con la ubicación de la correspondiente sociedad en el eje del desarrollo histórico según el paradigma occidental del progreso, utilizado desde la época de la Ilustración. A más tardar con

el desplazamiento del eje central en los mapas mentales europeos en el siglo XVIII y el relevo de la división norte-sur por una dicotomía este-oeste, el Sur se convirtió, en la imaginación de europeos occidentales, en una región de retraso económico y cultural. Desde la época de la Ilustración, se proyectan en el Sur estereotipos negativos de Occidente, lo que contribuye, por otro lado, a desarrollar una identidad de su propia "civilización". Esta manera de pensar y de hablar, también tiene una dimensión de poder.

Pero la estigmatización y la subordinación imaginaria sólo son una parte del discurso occidental sobre el Sur. Al igual que el discurso occidental sobre el Oriente, también el discurso sobre el Sur se caracteriza, desde el siglo XVIII, por una ambivalencia que oscila entre rechazo y atracción. En cierta manera, la marginalización del Sur como región decadente y retrasada se correspondía con la incorporación de la herencia clásica del Mediterráneo en el "Imperio de la civilización occidental". Se necesitaba al Sur como cuna de la cultura europea, y por eso fue integrado en los discursos identitarios europeos.

La visión de España desde Alemania en la Edad Moderna

Concentrémonos ahora, en un segundo apartado, más concretamente en la visión alemana del Sur, representada en este caso por España, a través de los siglos. En gran parte de la bibliografía sobre el tema se puede leer que las relaciones hispano-alemanas se caracterizan por un tradicional clima de entendimiento favorecido por la inexistencia de frontera mutua, la carencia de conflictos bélicos, la mutua aceptación cultural manifestada en el interés por el otro país, las buenas relaciones políticas y comerciales y el intercambio cultural.

Pero si tomamos como punto de partida de las relaciones entre Alemania y España el reinado de Carlos I (emperador Carlos V en Alemania), se podría decir que estas relaciones empezaron mal. Los reinos españoles recibieron a un joven borgoñés que desconocía lengua y costumbres de España, que estaba rodeado de extranjeros que pretendían esquilmar a los españoles para financiar la política borgoñona. Bien es verdad que Carlos se hispanizó a lo largo de su vida, pero las relaciones entre los dos países no mejoraron. Los alemanes luteranos odiaron a los españoles, "por moriscos que ignoran todo del cristianismo", mientras que los católicos alemanes los acusaban de "cruelles y orgullosos", cualidades que se

atribuyen a cualquier ejército de ocupación⁵.

Una de las primeras impresiones literarias alemanas sobre España a comienzos de la Edad Moderna se encuentra en el "Simplicissimus" de Grimmelshausen de 1669, donde aparece la observación: "Con este señor todo me parecía enojoso y casi español". El adjetivo "español" se mantuvo en alemán durante mucho tiempo como sinónimo de "extraño" y "raro". Decir en alemán "esto me parece ser español" (*das kommt mir Spanisch vor*), hasta hoy significa: "esto me parece extraño". Para los alemanes, Iberia no sólo se situaba en la periferia de Europa geográficamente, sino que, además, la cultura española resultaba más extraña, por ejemplo, que la de Italia.

En el contexto de la consolidación y el desarrollo de los Estados territoriales y de ese sentimiento "protonacional" de los siglos XVI y XVII, la Monarquía española bajo los Habsburgos tenía un claro papel hegemónico que la convertía en la primera potencia de la época. Por eso, su imagen era inseparable del peso de su inmenso poder y de su actuación internacional en esos siglos, pero también era inseparable del formidable soporte publicístico que utilizaban por primera vez sus enemigos, a través de la imprenta, y que explica que las imágenes negativas de España traspasasen los antiguos estereotipos para convertirse en arma política que, a medio y largo plazo, vencería en el terreno de la propaganda a la Monarquía hispánica.

Si bien es verdad que a lo largo de su historia, España ha tenido buena y mala prensa, hay que decir que la tuvo nefasta durante el poderío de Felipe II y sus sucesores, aquella época en que se gestó en la Europa protestante e ilustrada la Leyenda Negra. Asociada con la Inquisición de Torquemada, España fue al norte de los Pirineos sinónimo de oscurantismo, de integrista católico y de crueldad extrema. En el año 1782, el publicista francés Nicolas Masson de Morvilliers formuló en el tomo primero de la *Encyclopédie méthodique* la pregunta, más tarde muchas veces citada y repetida: "¿Qué se debe a España? ¿Qué ha hecho España desde hace dos, cuatro, diez siglos para Europa?" La respuesta de Masson fue claramente negativa. Para él, España se asemejaba a una colonia débil e infeliz que necesitaba continuamente del brazo protector de la metrópoli⁶. La antaño mayor potencia colonial del mundo –esto sugería el artículo en la Enciclopedia– estaba tan decaída que ella misma se asemejaba a una colonia falta de civilización. Los coetáneos de Masson ya pudieron recurrir, en el siglo XVIII, a un gran fondo de estereotipos de la

propaganda anti-habsburga, que culminó en la famosa polémica de Guillermo de Orange contra el "demonio oscuro del Sur" Felipe II⁷. Los reproches de despotismo, crueldad, intolerancia, fanatismo y superstición se unían a motivos confesionales y políticos, llegando pronto al diagnóstico de un país en decadencia y ocaso, un país de pereza e indolencia, de incompetencia económica y científica que merecía ser relegado de la Enciclopedia por los ilustrados europeos⁸.

Podría decirse, pues, que ni el inicio ni el final de la Edad Moderna fue una buena fase para España, por lo que respecta a la formación de su imagen desde fuera. Su rápido desarrollo y asombroso poder despertaron resentimientos múltiples en distintos núcleos europeos. Pero sobre todo tuvo en contra suya los más formidables movimientos intelectuales y religiosos de la época: buena parte del humanismo italiano, el humanismo alemán y naturalmente la Reforma Protestante. Toda una serie de humanistas participó en la creación de tipologías de caracteres nacionales. Un sacerdote de Suabia, Sebastian Franck, caracterizó en su *Weltbuch* de 1534 a los españoles diciendo que aguantaban trabajo y hambre y estaban dispuestos a morir. El profesor Sebastian Münster, de Basilea, escribió en 1540 en la enciclopedia geográfica más importante del siglo XVI, que los españoles eran ingeniosos, pero no sabios. Y muchos libros de geografía e introducciones a la historia de España hicieron suyas las descripciones críticas de los humanistas centroeuropeos. En muchas expresiones populares, cuando se hacía mención de los españoles, se hablaba de violencia y torturas⁹.

Por otro lado, se podría pensar, que la España católica al menos tendría cierto reconocimiento por parte del catolicismo europeo por ser, durante el siglo XVI y también en el XVII, el principal soporte de la lucha contra los turcos, y además mantener la lucha en el norte europeo, en los Países Bajos, contra la herejía protestante. Pero, paradójicamente, no ocurrió así. En el siglo XVI había un tema capital en el que coincidían la "opinión popular" y el humanismo culto. Tema que formaba parte del "ambiente" que rodeaba todo "lo español", y que impregnaba sutilmente hasta los escritos eruditos: el de la mezcla de razas y culturas, unido de forma más bien inconsciente al de la impureza religiosa y racial. Desde el siglo XV, los viajeros cultos y los eruditos alemanes constataban la abundancia en España de "judíos, marranos y moros". Así, se dio la paradoja de la situación española de que, mientras en la Península se libraban fuertes tensiones que desembocaron en la

expulsión de judíos y moriscos, y, por otra parte, se mantenía una costosísima guerra contra los protestantes, los españoles eran considerados por toda Europa y concretamente en Alemania como "judíos", "moros" o incluso "herejes". Por lo que respecta a la imagen española, la realidad de los desmanes de las tropas en guerra, la aversión alemana protestante a la Iglesia Romana, identificada con los italianos, con los españoles y con todo lo latino, condujo a la fijación de unos estereotipos muy firmes ya a partir de 1550. Los hombres del Emperador, y el propio Carlos V, ya no eran alemanes, sino enemigos de Alemania; eran españoles y papistas: "Alemania no se someterá a los españoles ni a las sotanas negras", se podía leer en un panfleto de la época. El español –"semijudío, semiárabe"–, desde el punto de vista religioso y racial era una persona dudosa, y moralmente de valor endeble.

A mediados del siglo XVI, la imagen de España en Alemania era mayoritariamente negativa. Esta imagen enemiga era el resultado de discrepancias políticas, de las pretensiones hegemónicas españolas, de los enfrentamientos religiosos y de la voluntad de liderazgo cultural. Según Martín Lutero, había una profecía que los españoles trataban de apoderarse de Alemania, posiblemente en cooperación con los turcos. Supuestamente, Lutero dijo que prefería tener al turco como enemigo que al español de protector, ya que éste practicaba las peores crueldades¹⁰.

A pesar de esta imagen negativa: En plena vorágine de la opinión hostil sobre España en Europa, la influencia cultural de España en los países europeos fue intensa. Y pueden multiplicarse los testimonios de admiración y mimetismo que la cultura española suscitaba en los demás países. Es decir, no parece que haya que recurrir a una conjura internacional planificada para explicar una "leyenda negra", sino a un complejo conjunto de situaciones que produjo ese impacto negativo y generalizado. De especial importancia fue, en este contexto, la Guerra de los Treinta Años. Durante esta guerra, circularon muchos pasquines y hojas volanderas contra los españoles. En ellos, para describir la diplomacia española, se hablaba de engaño, violación de tratados, socarronería y simulación, mentiras y fingimiento. Lo que aparentemente mejor sabían ejercer los españoles, era la hipocresía con falsedad¹¹.

Los ataques se dirigían tanto contra la lengua española como contra los españoles en general. El poderío militar español era representado y simbolizado en

aquella fase por el comandante italiano al servicio de España, Ambrogio Spinola, como "mensajero del poder de España" quien pronto se convirtió en el español por excelencia y diana de los ataques protestantes. El nombre Spinola se transformó, a modo de anagrama, en Spaniol, equivalente a español, y esta denominación se usó con un significado despectivo. Los "spaniolizados" eran los simpatizantes católicos alemanes de los españoles. Un sinfín de octavillas y libelos denigraba a los españoles, su carácter y su comportamiento soez. Prejuicios raciales y fanatismo religioso se reforzaban mutuamente en la campaña antihispana de los siglos XVI y XVII. El color oscuro de la piel de los españoles recibía una valoración moral negativa. En un pasquín de 1615 se hablaba de los españoles como de "saracenos negros" o pleonásticamente de "moros negros" y de "bellacos traidores". Los prejuicios raciales iban par en par con dudas respecto al cristianismo de los españoles; éstos eran "semijudíos y semipaganos de Andalucía", y refiriéndose a la Inquisición y la persecución de otras religiones en España, eran tenidos por enemigos del Evangelio y anti-cristianos. El siglo XVII, ante todo la Guerra de los Treinta Años, fue la época en la que la publicística alemana dibujó la imagen más apocalíptica de España, influyendo ampliamente en la opinión que los alemanes tenían de los españoles¹².

Por su pretensión de querer liderar la Europa de su época o incluso ser una monarquía universal, España fue temida y odiada en Europa. La crítica ilustrada describía el "pueblo de pigmeos" y de "salvajes exóticos" como un país ridículo y subdesarrollado, una nación falta de civilización, una vergüenza en el mapa de aquella preclara época, excluida de la razón y del progreso. Al contrario, la autodefensa española ya había adquirido desde hace tiempo un carácter justificativo. Francisco de Quevedo p.ej. preguntaba: "¿Quién no nos llama bárbaros? ¿Quién no dice que estamos locos, que somos ignorantes y altivos?" El mismo dio la respuesta esbozando la imagen de una España verdadera y eterna, de un pueblo elegido por Dios que era víctima de los enemigos malaventurados, envidiosos, ateos y heréticos. Menospreciada por todo el mundo, España se encontraba sola como mártir y testigo de su misión. El extranjero no sólo era enemistoso, sino también de un valor moral inferior¹³.

Pero desde mediados del siglo XVII, la imagen negativa u hostil de España en Alemania fue desapareciendo. En lugar de ello, España fue quedando relegada a la

periferia, circunstancia que ilustra el rápido retroceso del peso de la lengua española. Como existe una estrecha relación entre lengua y persona, a partir del siglo XVII también se notó la pérdida de influencia del castellano en Europa. La lengua española entró en entredicho y hubo de ser defendida.

A finales del siglo XVIII la decadencia política y cultural de España había llegado a tal extremo que el joven Lessing escribió a sus padres que iba a aprender español por ser una lengua "desconocida" que pudiera servir de antídoto contra la hegemonía cultural francesa. El católico Heinrich Doergangk, autor de la primera gramática española en Alemania (1614), describió el castellano como lengua sagrada en medio de un entorno hispanóforo. Según Doergangk, la lengua del pueblo elegido por Dios era un idioma "lleno de excelsitud, de dignidad real y de magnanimidad heroica". Los amigos de Dios, decía, siempre eran también amigos de España¹⁴. Pero estas defensas lingüísticas eran excepcionales. Dominaban las caracterizaciones negativas. En escritos protestantes se podía leer que la serpiente que sedujo a Eva, hablaba español. O cuando Dios desterró a Adán y Eva del Paraíso, lo hizo en español.

Dicho proceso no deja de tener su importancia en el presente, ya que entonces no se acumularon onerosos lastres que hoy sería preciso eliminar. Los alemanes, que tan largo tiempo han necesitado para limpiarse de miasmas históricas y depurar los funestos estereotipos con que los contemplaron sus vecinos inmediatos, saben mejor que nadie lo arduo que puede ser eliminar los lastres que confieren a la imagen propia un tinte negativo. La imagen de España fue cambiando, pues, con la suerte del Imperio. Para los siglos XVII y en parte XVIII, España era ejemplo de la decadencia de un gran imperio como antes lo fuera el ejemplo romano. A partir de ahí la imagen del español se antoja la de un ser perezoso, y esa imagen del español indolente es la que recupera el siglo XVIII.

La idealización de España en el Romanticismo

En el siglo XVIII, España se encontraba intelectual y emocionalmente muy distante de Alemania. Prejuicios y clichés seguían dominando la imagen del país allende los Pirineos¹⁵. Incluso el creciente número de relatos viajeros no logró reducir las distancias. Por eso, España pronto se convertiría en un espacio vacío, del cual pudieron adueñarse imágenes fantásticas de ensoñamiento, formando el trasfondo

de parajes exóticos y de libertad. Rápidamente se echaba al olvido lo que se había divulgado sobre este país del oscuro Medievo, de la Inquisición y la tortura, de su inferioridad moral. La imagen de España cambió radicalmente y fue pintada de color rosa, tanto estética como moralmente, tan alejada de la realidad como antes, sólo que en sentido inverso¹⁶. La "España negra" desapareció y se convirtió en una visión imaginaria de ensueño. Los poetas de la época contribuyeron a una transfiguración del país muy distante de la realidad. El comienzo se podría fijar en Johann Gottfried Herder: "Los desarrollos y la vida aventurera, de los que están repletas las novelas españolas, convierten el país allende las montañas en un país mágico de nuestra fantasía." Ahora, todo lo relacionado con España, era maravilloso, extraño, de un hechizo seductor, magnífico. La nueva España era irreal e irracional, la "patria de lo romántico" por antonomasia¹⁷. España volvía a ser el "paraíso de la tierra". E.T.A. Hoffmann estaba convencido que "el placer de los dioses de un cielo siempre sereno se reflejaba en sus habitantes, cuya vida era un día festivo ininterrumpido". Si antes se hablaba despectivamente de la influencia de lo árabe sobre los españoles, ahora todo lo moro era noble¹⁸.

La mezcla romántica de elementos muy diversos –lo ibérico, lo romano, lo árabe, lo germano-gótico– y su penetración con el espíritu cristiano-medieval hizo de España el país romántico y anti-clásico por excelencia. El descubrimiento de la gran literatura del Siglo de Oro contribuyó a la exaltación de todo lo español¹⁹.

En el siglo XIX, renacería la "moda" de España de la mano de los viajeros románticos que descubrieron en ella una pervivencia de lo exótico, de lo bárbaro, de lo primitivo, aspectos éstos que se habían perdido en una Europa recientemente industrializada. Una España en manifiesta decadencia pasó a ser un país adorable y exótico de bandoleros justicieros, mujeres fatales como Carmen, toros, flamenco y leyendas morunas. El interés alemán por España a comienzos del siglo XIX, tendría como base la afinidad de ambas naciones en su lucha contra Napoleón. Pues el eco de la insurrección española contra Napoleón fue muy fuerte, también en Alemania, donde se podía leer en panfletos, que España estaba defendiendo los intereses de todo el mundo. Si España salía vencedora de la guerra, la tiranía iba a acabar de una vez por todas. Ernst Moritz Arndt no tenía sino alabanzas e hipérbolos para con los españoles, que eran de naturaleza amena, con un espíritu semi-oriundo de Oriente y una plenitud sensual de fuerza. Los españoles se encontraban en el centro

áureo entre ligereza y pesadumbre, eran una magnífica mezcla de fuego y de seriedad, llegando a la conclusión: "Somos hermanos!" El parentesco entre alemanes y españoles no era, pues, sólo político, ya que los dos pueblos se habían alzado contra Napoleón, sino también biológico y racial. Y el puente entre los dos pueblos lo formaron los godos, la parte germana de la sangre española, los fundadores de la monarquía en España.

La literatura trivial de la Guerra de la Independencia dibujaba a los franceses como bárbaros inhumanos que se lanzaban contra mujeres y niños, a los que se oponían los nobles jefes de la guerrilla española²⁰. Resulta esclarecedor que unos siglos antes, en la guerra de independencia de los Países Bajos, se podían leer caracterizaciones similares, sólo que ahora la toma de partido era inversa.

En las publicaciones alemanas decimonónicas, al resaltar todo "lo árabe", se identificaba España con Andalucía. El verdadero "descubrimiento" de Andalucía por los viajeros europeos se efectuó a finales de los años veinte del siglo XIX y a diferentes niveles, afectando también a las tradiciones populares. Al mismo tiempo, en España se desarrolló (a partir de 1830) la corriente literaria denominada *costumbrismo*. Estos fenómenos iban acompañados por una dialéctica en la percepción realizada por los españoles mismos que posteriormente sería de gran importancia para la identidad española, pues la idea extranjera unilateral de que las tradiciones y costumbres andaluzas eran típicamente españolas, se convertiría poco a poco en patrimonio y signo de identificación cultural también en España²¹.

A mediados del siglo XIX, se intensificó en Alemania la idea de la ejemplaridad de España, propagada adicionalmente desde un punto de vista religioso. España para autores católicos y conservadores era un ejemplo para Europa ya que no había sucumbido a los errores del presente. El país era presentado a los cristianos alemanes como ejemplo de la lucha contra Francia, país de origen de la Ilustración anticlerical, como aliado natural contra la Francia de Voltaire. Es sintomático que en la Primera Guerra Mundial el clero español sería –a diferencia de los intelectuales– germanófilo que consideraba a los alemanes un "pueblo hermano".

También la identificación de España como pueblo donde pervivía el espíritu perseverante de la Edad Media contribuyó al interés alemán. Cuando hacia el año 1800 la búsqueda romántica de "lo extraño" trajo consigo un enorme interés por la cultura árabe, los literatos y artistas alemanes descubrieron el "país mágico" España,

donde el contacto con Oriente había permitido que surgiera un arte exótico. En aquella época, se valoró la cultura española, sobre todo, por su papel intermediario entre las culturas árabe y transpirenaica. España cobró atractivo como puente hacia Oriente, como país oriental en Occidente. Con Herder empezó la idealización del "moro noble"; para él, los árabes fueron los que aportaron luz a la cultura europea; por eso, los españoles eran para él "árabes ennoblecidos".

Viajeros y pintores alemanes visitaron España en las primeras décadas del siglo XIX y, cuando regresaron a Alemania, publicaron sus observaciones despertando gran entusiasmo con sus libros y cuadros. En esta fase los estereotipos básicos no cambiaron, pero transformaron su contenido. Si antes se acusaba al soldado español de crueldad, ahora se admiraba la audacia del bandolero; al mito de la "pereza" del español se unía el no menos irreal del orgullo del mendigo, o el de su "pobreza gozosa". Esos cambios siempre dentro del tópico, tenían poco que ver con las transformaciones reales de la época. Lo que cambiaba de verdad, era la sociedad europea, en plena industrialización y, con ella, la sensibilidad y las demandas de sus clases cultas o privilegiadas. España pasó a representar el exotismo y la premodernidad. Esa imagen de una España bravía, de sangre, el último reducto de lo exótico, de la fuerza vital, no fue sino una recreación, por otra parte alentada con fervor desde la propia España, una recreación hasta el paroxismo de esa imagen atávica, primitiva, bárbara que se prolongaría hasta la Guerra Civil de 1936.

Visiones contrapuestas: el siglo XX

La idea, muy común entre los románticos alemanes, de la ejemplaridad de España para un reordenamiento europeo, volvió a surgir en la República de Weimar y después del derrumbe de 1945, es decir en épocas en las que la idea de una unión europea recibió nuevo aliento de la experiencia del fracaso. El romanista Ernst Robert Curtius diagnosticó en los años veinte: "España se pone de moda", y en 1929 el no menos renombrado romanista Karl Vossler resaltó "la importancia de la cultura española para Europa" (*Die Bedeutung der spanischen Kultur für Europa*). Y para el filósofo culturalista Hermann Conde de Keyserling, España se encontraba "éticamente en el cénit de la humanidad europea" de su época²². Para perfeccionar al hombre europeo, éticamente había que hispanizarlo – ideas éstas que ya habían sido propagadas por los románticos y el catolicismo político alemán del siglo XIX.

Después de 1918, las miradas de los alemanes se tornaron hacia España en busca de un aliado político, para contrarrestar la prepotencia francesa, y de un mercado para sus productos²³. Se comenzó a reflexionar sobre la afinidad cultural entre ambos países en oposición a la "civilización" que exportaba Francia. La República de Weimar puso en marcha una campaña cultural hacia el exterior, y en ella ocupó un lugar importante el intento de subrayar la similitud de ideas e intereses con España. Las universidades alemanas, con el apoyo oficial del Estado, mandaron a conferenciantes que establecieron lazos de amistad con los intelectuales españoles. En ese acercamiento jugó un papel decisivo la valoración de España que propagaban medios periodísticos como la revista católica *Hochland*, en la que colaboró también el profesor de Derecho Constitucional Carl Schmitt.

Independientemente de los esfuerzos culturales emprendidos por Alemania, hay que resaltar que las posibilidades reales de la política cultural alemana en España estuvieron condicionadas en gran parte por la fiabilidad que ofrecía esta política en cuanto se hallaba desprovista de cualquier intencionalidad política. Las reticencias que inicialmente despertó la acción cultural alemana en los años siguientes a la Primera Guerra Mundial, hacían prever la dificultad de una tarea que partía de una imagen negativa, muy extendida en la opinión pública española, respecto a una actividad que había tenido mucho de propaganda bélica recientemente. Los gestores de la política cultural de la República de Weimar no pudieron superar completamente los viejos hábitos de la diplomacia guillermina.

Una mirada a la política durante la Gran Guerra puede ejemplificar esto. Pues ya durante la coyuntura bélica, Alemania había intensificado sus relaciones culturales con España. Jens Albes ha investigado la propaganda en España durante la Gran Guerra en la que se empleaban "palabras como armas"²⁴. Inserta su estudio en la investigación del imperialismo europeo antes de la Primera Guerra Mundial; en aquellos años, España trataba de llevar un curso neutral con respecto a los intereses imperialistas alemanes y franceses en Marruecos, curso que seguiría adoptando después de comenzada la guerra. Alemania se aprovechó del gran número de ciudadanos suyos residentes en España para influenciar a través de ellos la opinión pública española, creando incluso servicios de información y sobornando a periódicos españoles. Durante algún tiempo, los alemanes trataron de convencer a España a entrar en la guerra de su lado. Pero cuando notaron que la gran mayoría

no eran ni *aliadófilos* ni *germanófilos*, sino –como lo expresaría un contemporáneo– *neutrófilos*, la política alemana iba dirigida a conservar la neutralidad española. Desde un comienzo, la propaganda alemana era defensiva, debido a la violación de la neutralidad belga y la guerra submarina. Jens Albes resalta el caos institucional, existente en el lado alemán, que contribuyó a hacer más ineficaz todavía la propaganda de Berlín. Cuando el Conde de Romanones ocupó la presidencia del gobierno, a finales de 1915, la política española se inclinó cada vez más hacia la causa de los aliados. Pero a pesar de las presiones aliadas, España permaneció neutral hasta el final de la guerra, lo que podría interpretarse por lo menos como un éxito parcial de la propaganda alemana²⁵.

La época de entreguerras²⁶ fue también la fase del auge del hispanismo alemán²⁷, si bien hay que constatar que el desarrollo del hispanismo en la República de Weimar hundía sus raíces en el romanticismo del siglo XIX. Los autores románticos habían convertido a España en el eje y canon constitutivo de su nueva visión del arte y de Europa. El descubrimiento de la Península Ibérica supuso, además, una fuerte reacción contra el modelo preponderante de Francia en el Siglo de las Luces.

El establecimiento y desarrollo de la Filología Románica como nueva disciplina universitaria a partir de los años treinta del siglo XX, aproximadamente, creó un fundamento sólido para los estudios filológicos en el campo hispánico, aunque la hispanística todavía no llegó a constituir un ramo científico independiente. Debido a la organización de las universidades alemanas, quedó institucionalmente integrada dentro de la filología románica, abarcando tanto la lingüística como la historia literaria.

En la fase de la Primera Guerra Mundial, se intensificaron los esfuerzos de pedagogos, políticos y otros grupos interesados de la industria y del comercio, por implantar el español en los diferentes sectores educativos. Resulta llamativo que un fuerte impulso para el aprendizaje del español, en concreto, y el fomento de estudios institucionalizados sobre España e Iberoamérica provinieran de círculos no vinculados a la universidad. En el seno del Instituto Colonial de Hamburgo se creó, en 1911, un Seminario de Lenguas y Culturas Románicas, con especial dedicación al mundo iberoamericano, de acuerdo con los intereses de los comerciantes de la ciudad hanseática. Más adelante, en plena guerra, se crearon una Asociación Ibero-

Americana (1916) y un Instituto Ibero-Americano (1917) que en 1918 se integró a la nueva universidad de Hamburgo. Bernhard Schädel, el primer director de las tres entidades, justificaba la iniciativa de su fundación argumentando que el conocimiento del español y del portugués era de vital importancia para el comercio alemán con América Latina. No hay duda de que eran los intereses económicos y comerciales con América los que estimularon el estudio del español.

Durante la Primera Guerra Mundial, las *Auslandskunden* y el estudio de idiomas se convirtieron en instrumentos para conocer mejor al enemigo, por consiguiente, en arma de combate²⁸. La unión entre ciencia y política transformó las universidades en armerías de la nación al servicio de la contienda. En diversas universidades se instalaron institutos de estudios regionales, entre otros también el Instituto Ibero-Americano en Bonn que en 1930 fue trasladado a Berlín.

Tras la derrota en la guerra y a raíz del Tratado de Versalles, se produjo la necesidad de romper el aislamiento de Alemania y de establecer nuevos contactos. En esta búsqueda de nuevas alianzas y mercados surgió el mundo ibérico como espacio libre de odios y enfrentamientos bélicos, y sería en este contexto en el que se situó en Alemania el auge de los estudios hispánicos en los diferentes niveles educativos²⁹.

En la batalla que se desencadenó sobre las diferentes *Länderkunden* y lenguas intervinieron destacados representantes del mundo universitario. Karl Vossler fue el primero por declararse, en 1922, abierta y decididamente por el español, exigiendo al mismo tiempo una drástica reducción de la enseñanza del francés. En la corriente de francofobia nacionalista surgida tras el Tratado de Versalles, Vossler adoptó una postura hispanófila, pero sin adherirse al argumento meramente utilitarista y económico de quienes abogaban por el español como lengua de futuro; tampoco redujo el idioma a una sola función comunicativa. Más bien insistía, de manera algo vaga, en los "valores intrínsecos" del "espíritu español". Vossler puso de relieve los supuestos valores internos de lo español como normas ejemplares de importancia fundamental para superar la crisis moral del mundo de la postguerra. La idea de la energía renovadora de España venía de los románticos alemanes.

Insistiendo en las razones de Vossler, a mediados de los años veinte Ernst Robert Curtius dijo que España había entrado en el círculo de las grandes potencias espirituales. Exigió que no se necesitaba sólo a hispanistas, sino ante todo a

hispanófilos. Admiraba la posición privilegiada de España como centro de energía para la regeneración del espíritu europeo en un orden supranacional y cosmopolita. La atracción de España residía en su sistema de valores de candente actualidad para los desafíos modernos. Curtius ofrecía un resumen de la *España invertebrada* (1922) del cual se desprendía que era precisamente la falta de modernidad la que constituía la ejemplaridad de España en la actualidad de los años veinte.

La tendencia a exaltar a España tendría un extraño apogeo en los años 1936 a 1939, cuando la Alemania hitleriana prestó su decisiva ayuda al alzamiento militar del general Franco. La ayuda alemana a los generales españoles rebeldes se mantuvo en secreto, a nivel oficial, hasta el año 1939: así se evitaba que los países europeos tuvieran un pretexto para solidarizarse en contra de los nacionalsocialistas. Sólo a partir del momento en que se suprimió esta medida, después del regreso de la Legión Cóndor, pudo empezar a tejerse una leyenda que al mismo tiempo abonó el terreno para el ya largamente proyectado enfrentamiento de la guerra mundial³⁰.

Los objetivos por los que aquellos aviadores habían combatido en suelo español en años anteriores, les había venido inculcando a los alemanes de forma incesante la prensa propagandística nazi ya desde el comienzo de la guerra civil. El 21 de julio de 1936 podía leerse el siguiente titular a toda plana en el *Völkischer Beobachter* (Observador Nacional): "Guerra civil en España. Violentos enfrentamientos entre fascistas y marxistas en todo el país". Y al día siguiente: "Abierta intromisión de Moscú en la guerra civil española". El día 12 de agosto aparecía en primera plana: "Régimen comunista de terror en España", y una semana más tarde, el 20 de agosto de 1936: "Moscú ordena: ¡Matad a todos los curas!"³¹ Cuando la Alemania nazi y la Italia fascista otorgaron a Franco el reconocimiento diplomático el 18 de noviembre de 1936, el Ministerio de Instrucción Pública y Propaganda del Reich ya se había anticipado a la situación, dictando normas uniformes para la denominación de ambos bandos: "El Führer y Canciller del Reich ha ordenado designar a las partes contrincantes en la guerra civil española de la forma siguiente: a) el Gobierno nacional español; b) los bolcheviques españoles"³².

De este modo quedaba fijada la imagen nacionalsocialista de España. La contraposición unilateral e históricamente falsa entre "gobierno nacional" o "fascismo", por una parte, y "bolchevismo" o "España roja" por otra, condujo en la opinión pública alemana –y durante largo tiempo también en la historiografía

occidental— a una acentuación casi exclusiva del aspecto ideológico de la intervención alemana. No obstante, hoy está claro que, si bien la argumentación anticomunista como móvil de la política del nacionalsocialismo con respecto a España es en todos los casos demostrable, dicho componente anticomunista —entendido como base ideológica de la política de Hitler— no constituyó el único ni el más importante motivo para la intervención alemana en España. No puede, por ejemplo, aclararse en forma satisfactoria recurriendo al argumento anticomunista y al acuerdo ideológico entre Franco e Hitler, la amplitud y duración de la ayuda militar alemana a los rebeldes, sobre todo teniendo en cuenta que las autoridades nacionalsocialistas advirtieron muy pronto que Franco no era en modo alguno el revolucionario fascista al que correspondía apoyar por motivos de afinidad ideológica. La considerable ayuda que Franco recibió de la Iglesia Católica y la presentación del alzamiento como fenómeno pseudo-religioso —al calificarlo de "cruzada"— pusieron de manifiesto ya desde un comienzo las graves diferencias existentes con respecto a la doctrina nacionalsocialista.

El primer informe extenso del Consejero de Embajada Schwendemann sobre el alzamiento militar, fechado el 23 de julio de 1936 (y que probablemente llegó a conocimiento de Hitler antes de la decisión tomada en Bayreuth el 25 de julio), hablaba ya de "escasa unidad de fines e ideología" en las filas de los insurrectos; la "estrecha unión de monarquía y fascismo, junto a la ausencia de un auténtico caudillo y de un programa social que abarque amplios sectores de la población, no ha permitido a aquél convertirse en movimiento popular"³³. Dos días después Schwendemann se quejaba de nuevo de la falta de un "programa claro y atractivo [...], aparte de la consigna de combatir el comunismo"³⁴. Este último aspecto constituía "ex negativo" el lazo de unión entre el alzamiento franquista y la decisión de intervención por parte de Hitler. Pero la falta de coincidencia entre los objetivos de los militares rebeldes y los de la Alemania nazi fue subrayada también por Dieckhoff, Director del Departamento de Política del Ministerio de Asuntos Exteriores, el 22 de agosto de 1936: el "grupo de los militares", decía, se encontraba "de momento unido a nosotros en la lucha común contra el comunismo, sin que ello signifique que se puedan identificar los objetivos de dicho grupo con los del nacionalsocialismo"³⁵.

Las diferencias entre ambas partes se acrecentaron una vez concluida la

guerra civil, hasta convertirse en un claro enfrentamiento –que aunque no se hizo público, no dejó por ello ser menos intenso– sobre el tema de la entrada de España en la guerra mundial³⁶. Y muchos indicios llevan a pensar que durante la IIª Guerra Mundial los nacionalsocialistas lamentaron profundamente haber apoyado antes a Franco y a la "clique reaccionaria" que lo rodeaba (Iglesia y nobleza). En aquel entonces hacía ya tiempo que la clase dirigente nacionalsocialista consideraba al dictador español como un oportunista cobarde, carente de fidelidad a los principios y de firmeza ideológica³⁷.

Hay un revelador testimonio de fines de 1942 que prueba que Hitler se sentía decepcionado de su protegido. Se trata de las siguientes palabras que, según Albert Speer, pronunció el *Führer* en conversación mantenida con Keitel: "Usted conoce mi opinión sobre Franco. Entonces, cuando nos encontramos hace dos años, pensaba todavía que se trataba de un auténtico caudillo, pero en lugar de ello me vi frente a un sargento bajito y regordete, que no era siquiera capaz de concebir mis ambiciosos planes. Deberíamos ganarnos la simpatía de los españoles "rojos" (en los campos de concentración franceses), que son, por cierto, varios miles. Para la democracia están ya perdidos, así como para esa canalla reaccionaria que rodea a Franco; para nosotros, en cambio, representan auténticas oportunidades [...] Durante la guerra civil el idealismo no estuvo del lado de Franco, sino del de los rojos [...] Algún día podremos servirnos de ellos. Cuando hayamos roto con Franco. Entonces los haremos regresar. ¡Y ya verá! ¡Todo volverá a comenzar de nuevo! Con la diferencia de que nosotros estaremos del lado contrario. Me es totalmente indiferente. ¡Aún me tiene que conocer!"³⁸

En contraposición a testimonios de este tipo, destinados a un círculo reducido, la maquinaria propagandística de Goebbels construyó, durante la guerra civil y los años siguientes, una imagen de los acontecimientos cara al exterior, basada en la dicotomía existente en la ideología de los dos bandos contrincantes. El franquismo fue objeto en numerosos discursos de una especie de personalización, fruto del intento de elevar a Franco a la categoría de héroe y redentor. Esta temprana concentración del interés en la persona de Franco mostrada por el nacionalsocialismo, supuso además un importante espaldarazo para Franco en la aún no decidida lucha por el poder por parte de los generales españoles.

La visión maniquea de España –como enfrentamiento de dos bandos

opuestos— formó parte de una interpretación más amplia, quedando así los acontecimientos españoles incluidos en el esquema general de oposiciones fascista/bolchevique. No obstante, conviene aclarar que esta afirmación sólo es válida en lo referente a comunicados publicados y a la propaganda oficial del III Reich, ya que tanto los informes para uso interno como las discusiones en círculos reducidos evidencian una perspectiva mucho menos teñida de ideología: en efecto, a la propaganda se unió muy pronto una política encaminada al propio beneficio (ya fuera estratégico-militar, económico o de política de alianzas).

Según la interpretación oficial alemana, el alzamiento de los militares españoles se dirigía contra todas aquellas fuerzas que también en la ideología nacionalsocialista aparecían cargadas de significado negativo: comunistas y anarquistas, liberalismo y masonería, socialismo y democracia. Los únicos que constituyeron una excepción fueron los judíos. La visión nacionalsocialista de España creó y consolidó estereotipos, esbozó una imagen indiferenciada (e históricamente falsa) de aliados y enemigos y contribuyó, mediante la utilización de clichés —positivos o negativos— de tipo irracional, a destacar y transmitir una imagen de "dos Españas", que habría de perdurar largo tiempo³⁹.

La visión cambiante de España en la postguerra alemana

La imagen excéntrica de España en Alemania y gran parte de Europa perduró durante mucho tiempo. El régimen de Franco estaba interesado en presentar una visión de España como país diferente, por un lado para justificar su obsoleto sistema político, por otro para atraer a turistas de países más avanzados. En cierta manera se perpetuaba la visión decimonónica de España en el extranjero. El problema era que después de la fase filofascista del régimen, había que cambiar de imagen para ser aceptado por Europa.

En esta primera fase postbélica, que va desde el año 1945, recién acabada la Guerra Mundial, hasta aproximadamente 1950, Alemania Occidental estaba ocupada por los aliados, no tenía soberanía propia y estaba interesada en ganar prestigio internacional, distanciándose todo lo posible del pasado alemán nazi y de los aliados del Tercer Reich, como lo fue el general Franco durante la Segunda Guerra Mundial. Indudablemente, terminada la guerra, en Alemania había un gran interés por superar el aislamiento cultural e intelectual al cual el régimen nazi había

tenido sometido al país. La recién recuperada libertad de opinión y de imprenta condujo a una verdadera explosión de órganos de prensa, sólo limitada por restricciones materiales como falta de papel o de información.

Recorriendo la información sobre España en la prensa alemana (occidental) desde 1945 hasta 1950, se puede observar que para aquella Alemania surgida de la catástrofe nazi, la España de Franco era el último reducto del fascismo en Europa. Se señalaba en especial la estrecha colaboración que había existido entre Hitler y Franco. El recién fundado periódico liberal de izquierda *Süddeutsche Zeitung* de Múnich publicaba en 1946 una crónica titulada "Franco y la Alemania nazi", con el subtítulo "Colaboración demostrada por documentos". En dicha crónica se afirmaba que la neutralidad de España sólo había sido un camuflaje para tal colaboración. Se informaba sobre la cooperación que había existido entre los altos estados mayores español y alemán. La complicidad de Franco con el recién derrotado régimen hitleriano seguiría centrando en los próximos años el interés de los periodistas alemanes que se ocupaban de España. Los informes sobre España eran críticos y escépticos; el prestigioso semanario *Die Zeit* escribía, en sus primeros números, sobre la oposición contra el franquismo, y la primera publicación en forma de libro era una traducción del inglés: el libro de Charles Duff, con el significativo título *España – Una molestia*⁴⁰.

Pero esta postura crítica iba a cambiar muy rápidamente. Una segunda fase se puede inscribir dentro de los límites temporales de 1950 y 1969 – prácticamente las dos décadas de los años cincuenta y sesenta. En 1950 cambiaba el enfoque. En noviembre de ese año, la *Süddeutsche Zeitung* escribía: "La ONU levanta el boicot contra España". Estaba irrumpiendo la Guerra Fría. Ahora el principal adversario de las democracias occidentales era la Unión Soviética, el comunismo. Franco se presentaba a los ojos occidentales como un importante aliado anticomunista, habida cuenta de la especial importancia geoestratégica de España. En la prensa alemana se reproducían documentos publicados en Norteamérica que demostrarían que Alemania tuvo dificultades en obtener concesiones de Franco, a pesar de la ayuda nazi prestada en la Guerra Civil Española. En la publicística alemana empezaba a distinguirse sutilmente entre el régimen de Franco, que era calificado de conservador y pro-monárquico, y el fascismo, identificado éste con la Falange. En las interpretaciones que se daban ahora de la amistad de Franco con Hitler esta amistad

solamente había obedecido al objetivo de consolidar la posición de poder de España por lo que respectaba a Gibraltar y a las colonias españolas. A finales de 1950 se podía leer en un gran rotativo: "España ya puede ser admitida en sociedad." Había concluido el aislamiento de la España de Franco, habían retornado los embajadores a Madrid, y Estados Unidos ya estaba preparando su pacto de amistad con Franco⁴¹.

Era ahora cuando renacían los tópicos y estereotipos sobre España. Eran continuas en la prensa y las revistas culturales las alusiones al "enigma España", a "España como problema", a los "demonios españoles". En la revista católico-conservadora *Das neue Abendland* ("El nuevo Occidente") se preguntaba: "¿Dónde está la verdadera España?" – esa España que es "verdadero Occidente". En la revista *Das Kunstwerk* ("La obra de arte") se hablaba del espíritu del arte y de la nación españolas haciendo hincapié en las formas europeas de este arte y concluyendo: "Lo español sería hoy, en la reconstrucción de los valores espirituales europeos, un ingrediente de gran valor." El Occidente, según estas interpretaciones, estaba en España más presente que en otras partes, debido a la situación periférica y a la función bisagra de España en el extremo de Europa⁴².

El catolicismo alemán de la conservadora era Adenauer de los años cincuenta y principios de los sesenta propagó en el extranjero la idea de la ejemplaridad de España contribuyendo a la revalorización del régimen franquista en el ambiente conservador de la postguerra. España volvió a integrarse en la unidad cristiana de Europa. Se ensalzó el Camino de Santiago como vínculo de unión con la idea de una comunidad occidental. Se equiparó la unidad europea con la idea de un Occidente cristiano. En la publicística alemana de la época se puede apreciar claramente la importancia "occidental" de España para Alemania y Europa como una búsqueda de orientación e identidad: el boicot internacional de España debía ser superado mediante la referencia a una idea imperial, medieval y religiosa. Se puso de relieve la Europeidad de España. Desde principios de los años cincuenta, España ascendió a una posición de socio y aliado de Estados europeos. En los libros y artículos se hacía hincapié en la reserva física y moral que constituía España. Reinhold Schneider proclamó rotundamente en 1953 en el periódico *Christ und Welt*: "España pertenece a Europa". Escritores conservadores anunciaron apologeticamente la "lección dada por España" y el papel de España en Europa, que consistía en la defensa de los "valores eternos" de Occidente para, de este modo,

convertirse en un factor fundamental del nuevo "despertar" europeo. España ya había sido aceptada por los países europeos como defensora de la *Universitas Christiana*, como "Bandera de Occidente", cuando todavía se hallaba excluida de los organismos internacionales. Para este tipo de incorporación, era innecesario cualquier cambio de las estructuras políticas del sistema autoritario⁴³.

Europa y el Imperio (medieval) recibían ahora, como respuesta a las aberraciones de Hitler, una re-interpretación cristiana. En los primeros años de la República Federal de Alemania, los temas enunciados al ocuparse la prensa de España, eran la idea de la unidad europea (a la que, naturalmente, pertenecía España), la tradicional amistad hispano-alemana y las ideas del Occidente cristiano; el "regreso de España a Europa" era el lema de muchos artículos periodísticos. España debía jugar un papel importante en la "resurrección" de Europa y desempeñar la función de puente con la América hispana. Según un historiador de la época, Alexander von Randa, España había creado una sociedad hispano-americana, una *Universitas Christiana* como una "unión de catolicismo global", que conducía el Nuevo Mundo al reino de Dios⁴⁴. El personaje simbólico y excelso como antecesor de la Europa cristiana era Carlos V, que había propagado la unidad europea, un *Commonwealth* católico. Estas interpretaciones fueron, unos veinte años después de la Segunda Guerra Mundial, el punto culminante y al mismo tiempo final de una visión de una Europa con carácter religioso, que oponía España como una especie de "Civitas Dei" a la dictadura apocalíptica del comunismo ateo. El Imperio de la casa de Habsburgo, en el que no se ponía el sol, representaba la forma ideal y la imagen primaria de asociaciones globales de Estados. Y ya en 1950 se discutía en la prensa alemana, si España no podría ocupar en la OTAN el lugar previsto inicialmente para Francia. Bajo el signo de la Guerra Fría, Europa y España se acercaban rápidamente – por lo menos en las interpretaciones periodísticas.

Indudablemente, estas interpretaciones hay que verlas sobre el trasfondo de la situación alemana. Alemania y España corrían una suerte paralela: Ambos países eran, después de sus respectivas guerras, los parias de Europa, ambos estaban aislados, ambos necesitaban del apoyo y reconocimiento occidental. El final del aislamiento español podía ser un buen augurio para Alemania. El católico *Rheinischer Merkur* ("Mercurio del Rin") hablaba, en 1951, de una metamorfosis de España que la convertía en aliado de Europa. Está claro: Eso era lo que se deseaba

también para Alemania.

La política de Estados Unidos para con España y el Acuerdo de Bases de 1953 entre los dos países eran vistos, desde la perspectiva alemana, con mirada crítica. La izquierda alemana –que también la hubo– criticaba el reconocimiento y apoyo de una dictadura fascista, como decía; y los conservadores católicos temían la pérdida de la esencia católica española, del más católico de todos los países, según decían. Estos temores no estaban infundados del todo, pues, verdaderamente, el Acuerdo entre el gobierno español y los Estados Unidos de 1953 supuso culturalmente para España una experiencia semejante a la de los países occidentales al término de la Segunda Guerra Mundial. No es que la inteligencia española no hubiera establecido lazos con los centros americanos de pensamiento ya previamente. Sin embargo, lo que sí se dió a partir de 1953 fue una especie de reorientación de la cultura española, con un desplazamiento por referencias e influencias norteamericanas, de la posición (casi se podría decir: central) que hasta entonces había ocupado Alemania. En lo cultural, el año 1953 supuso un importante punto negativo de inflexión en las relaciones hispano-germanas.

Pero no en lo político y económico. Muy al contrario. Ya en 1950 se había firmado un contrato comercial entre los dos países, y en 1951 se reanudaron las relaciones diplomáticas, si bien al principio estas relaciones no eran nada intensas. Pero cuanto más se integraba España en las estructuras políticas de Occidente, tanto más se interesaba la diplomacia alemana por el socio ideológico en la lucha contra el comunismo. España ahora era re-interpretada como parte del mundo libre, y cuando en 1959 un ministro de Asuntos Exteriores español (José María Castiella) llegó por primera vez en visita oficial a Bonn, el comunicado de esta visita decía que Alemania y España no estaban separadas por ninguna clase de intereses en pugna. Al contrario, se insistía: "La política exterior española se asemeja a una dirección básica de la política alemana, a saber su decidida lucha contra el bolchevismo." Esta concordancia política hizo que Alemania abogara por aquel entonces (junto a Estados Unidos, Portugal y Francia) por una entrada de España en la OTAN, y sólo las violentas reacciones de Gran Bretaña, Dinamarca y Noruega hicieron que el gobierno alemán retirara su propuesta.

En estas posturas alemanas frente a España se puede ver de nuevo un reflejo de la situación alemana. Los gobiernos conservadores alemanes estaban

convencidos que la entrada de España en la OTAN conduciría a una evolución de la política interior española, a una paulatina democratización del país. Al insistir en que la cuestión española no debía ser contemplada de manera aislada, sino en el contexto europeo, eso era una clara alusión a la situación alemana que también debía ser resuelta en el contexto europeo. Según la concepción del Canciller Konrad Adenauer, la República Federal de Alemania debía estar íntimamente ligada a Occidente y al mismo tiempo integrada en una Europa unida. En 1968, el Canciller alemán, Kurt-Georg Kiesinger hizo una visita oficial a España –por cierto, la primera de un jefe de gobierno europeo– y declaró: "Sé que nuestras relaciones se fundamentan en la mejor voluntad no solamente de asegurar a nuestros pueblos la paz y la libertad [!], sino también el futuro de Europa – una Europa de la que España forma parte integral." El canciller Kiesinger se negó a recibir a representantes de la oposición democrática al franquismo –entre ellos al profesor Enrique Tierno Galván– aduciendo que no quería inmiscuirse en la política interior del país.

Para no tener que ocuparse demasiado de temas "calientes" de política interior española, las revistas culturales alemanas de aquellos años escribían sobre supuestos rasgos típicos del español, sobre tradiciones españolas, los toros o la Semana Santa en el arte y la pintura. Hablando del grandioso pasado de España, no había que analizar el turbio presente. Y si los autores verdaderamente hablaban sobre el presente español, insistían casi exclusivamente en la importancia estratégica de España para la defensa de Europa. Apenas se puede encontrar algún que otro artículo crítico. En una revista cultural alemana de 1962 se podía leer: "Los españoles son el último pueblo cáltico de Europa, fanáticos por naturaleza. Castilla es la Prusia de España [...], un país lleno de hermosura, dignidad, tristeza, crueldad y orgullo."

En una investigación sobre la tendencia política de artículos alemanes conmemorativos de la Guerra Civil Española, el historiador Rainer Wohlfeil en 1966 llegó a la conclusión que la temática principal de los periodistas no solía ser la Guerra Civil misma, sino que ésta era más bien una especie de pretexto para tomar partido (de manera cauta y un tanto velada) a favor del bando insurgente. Se podían apreciar claros prejuicios contra el lado republicano, especialmente cuando el recuerdo del pasado era instrumentalizado como arma en la discusión política alemana. La imagen de España, creada por la propaganda nazi, sobrevivió al Tercer Reich e influyó por mucho tiempo los informes periodísticos sobre España. Por lo

general, los puntos de vista eran de derechas; en 1964, la *Süddeutsche Zeitung* escribía: "De manera demasiado rígida, se ha fortalecido en la conciencia de los alemanes la expresión 'España roja', acuñada en su día por Hitler. Creada como denominación peyorativa y propagandística, ha llegado a ser, a lo largo del tiempo, la denominación auténtica del bando contrario. La difamación ha sobrevivido a la República"⁴⁵.

Estas observaciones referidas al periodismo y la ensayística, pueden aplicarse también, grosso modo, a los libros publicados en la época. Se trata, en primer lugar, de libros populares o de viajes, de amplia difusión, que crearían una imagen generalizada de España de armonía y conservadurismo. Esta imagen era particularmente importante en la época en que se desarrollaba el turismo masivo. España era presentada como un país de fuerza interna, un país donde se encontraban el pasado y el presente, un puente hacia Africa y América etc. Títulos característicos de libros eran: *Capricho español, España eterna al margen de Europa, Toros y Vírgenes, Tentación España, España pagana; Los Pirineos, las señoritas y los burritos; El sur está más cerca del paraíso*, etc. Eran estos libros populares o de viaje, de importancia trascendental para la formación de la imagen de España en Alemania, los que perpetuaron toda una serie de clichés y estereotipos.

Una tercera fase de las relaciones entre el franquismo y la RFA eran en Alemania los años de la coalición social-liberal a partir de 1969, con Willy Brandt y Walter Scheel, y en España los años de la crisis del franquismo. En comparación a las décadas anteriores, esta fase de la política alemana era acentuadamente más izquierdista, la postura política hacia dictaduras derechistas mucho más crítica que antes. En la prensa y en la opinión general predominante sobre España esto se reflejaría en una postura mucho más diferenciada que antes, aunque hay que decir que también en la época anterior había informes críticos, ante todo con respecto a la situación social en España. Incluso un diario tan derechista como *Die Welt* criticaba en 1958 que en España, después de la Guerra Civil, los ricos se hubiesen hecho más ricos y los pobres más pobres. En diferentes periódicos se escribía sobre la pobreza en España, sobre el éxodo del campo a las grandes ciudades, sobre el analfabetismo; sobre la pastoral del episcopado español, de 1960, en la que los obispos pedían al régimen una política salarial justa, igualdad de derechos entre el hombre y la mujer y una participación de los trabajadores en las ganancias de las empresas.

A principios de los años sesenta, se dieron los primeros síntomas de que el régimen franquista estaba llegando al límite de sus posibilidades en una realidad económica, política y social en rápida transformación en el exterior, que incidía también cada vez más fuertemente en el interior. Las fronteras se habían hecho más permeables, el turismo inundaba las playas de España, y a la par con el turismo irrumpían en el país nuevas costumbres, se intensificaba el tráfico de mercancías, de libros, de prensa extranjera, de ideas. La oposición democrática se estaba reorganizando y su empuje se hacía cada vez más perceptible, no sólo en el mundo del trabajo, donde la principal fuerza de choque contra la dictadura eran Comisiones Obreras, sino en todos los demás sectores sociales, desde los conservadores de José María Gil Robles hasta los comunistas de Santiago Carrillo, pasando por los socialistas de Toulouse, los monárquicos de don Juan, los católicos opuestos al régimen y los carlistas. Un abigarrado conglomerado en el que destacaba por su mayor capacidad de organización el Partido Comunista de España. El primer impacto internacional de esta oposición se produjo en junio de 1962 en Múnich, con la reunión de los líderes opuestos al régimen. Lo que la prensa española de aquellos tiempos denominó, siguiendo las consignas del Ministerio de Información, "El contubernio de Múnich"⁴⁶.

La prensa alemana se volcó en estos años, hasta el fallecimiento de Franco, en la información sobre la lucha contra la dictadura, las grandes huelgas en las universidades españolas, las primeras manifestaciones y detenciones de sacerdotes en Barcelona, el papel de resistencia antifranquista del Abad de Montserrat, las cada vez más frecuentes huelgas de trabajadores, los mineros de Asturias, los metalúrgicos de Bilbao, los obreros de la construcción en Madrid, la intensificación paralela de la represión, los primeros serios conatos de distanciamiento de la Iglesia con respecto al régimen, las protestas de los obispos españoles – una figura muy popular en los medios informativos alemanes fue en aquellos años el Cardenal Primado de España, monseñor Enrique y Tarancón⁴⁷. La actitud de la Iglesia católica española hallaba eco en la prensa de las iglesias alemanas, en *Publik y Christ und Welt*, que empezaban a tomar clara postura en contra del régimen. Después del incremento de la represión con los estados de excepción, en la década de los setenta, los primeros intentos del régimen por darse una fachada democrática y parlamentaria con las llamadas "Asociaciones del Movimiento": etapa ésta llena de

ambigüedades, pues se trataba de crear simulacros de partidos políticos para un simulacro de parlamento, pero sin permitir el renacer de los tradicionales partidos políticos ni el restablecimiento de auténtico parlamentarismo. Estas maniobras del régimen hallaron eco propagandístico en los periódicos conservadores alemanes de derechas, así como en algunos redactores de radio y televisión de la misma tendencia, que pretendieron presentar a la opinión pública alemana la imagen de una democracia a la española "sui generis", pero no por eso menos democrática.

Estos sectores de la prensa, destacando entre ellos el diario conservador de derechas *Die Welt* de Axel Springer, presentaban al "Opus Dei" como una democracia cristiana a la española, lo mismo que presentaban como democristianos a nacionalcatólicos como Federico Silva Muñoz, y a los restos de la Falange como el embrión del nuevo socialismo español, que sería la oposición, dentro del "Movimiento", a dicha democracia cristiana. Pero la mayoría de los corresponsales alemanes explicaron este tinglado a la opinión pública alemana manteniendo siempre la clara línea de distinción entre lo que era el régimen antidemocrático, con todas sus familias políticas, y, como única alternativa, la oposición democrática. Si hasta entonces, en la información sobre las actividades de la oposición habían tenido un cierto protagonismo Comisiones Obreras y el Partido Comunista de España, a partir de finales de los sesenta fueron ocupando un primer plano en las noticias alemanas, según se comprueba leyendo la prensa de esos años, otras organizaciones de izquierda, hasta entonces casi desconocidas por el amplio público alemán, como el PSOE y la UGT, además de la Democracia Cristiana que representaba Joaquín Ruiz Giménez. Se consiguió en esos años romper la imagen falsa de que la única alternativa al régimen fuera el Frente Popular o el comunismo.

Los últimos cuarenta años: Transición española, reunificación alemana, crisis global

La visión que Alemania tenía del tardofranquismo, fue esencialmente negativa, acercándose en muchos aspectos a los estereotipos de la Edad Moderna: la España fanática, intolerante y oscura. Esta visión perduraría hasta la muerte de Franco.

Para la política alemana, desde comienzos de los años setenta estaba claro que había que observar agudamente el desarrollo en España para identificar tempranamente a aquellas fuerzas que dirigirían el país después de la muerte de Franco. Como en esa fase gobernaba en Alemania una coalición de

socialdemócratas (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, SPD) y liberales (*Freie Demokratische Partei*, FDP) con Willy Brandt como Canciller, el interés se centraba ante todo en las diferentes tendencias socialistas en España y en la pregunta, cuál de estas tendencias estaría mejor en condiciones de imponerse frente a las otras y liderar el futuro del país⁴⁸. En un informe de la Embajada alemana, del 10 de abril de 1970, sobre la oposición española se podía leer que el *Partido Socialista Obrero Español* (PSOE) "debe ser considerado como el verdadero representante del socialismo en España ya que al grupo de Tierno no puede otorgársele la denominación de partido". Y si bien el PSOE defendía la República, el informe diplomático auguraba que el partido "se adaptaría a una Monarquía en el caso de que en unas elecciones así se decidiese"⁴⁹.

Durante muchos años, Enrique Tierno Galván con su *Partido Socialista Popular* (PSP) pudo mantenerse como figura central de referencia del socialismo español para la SPD. Esto cambiaría cuando Tierno participó en la Junta Democrática, dominada por los comunistas; en vista del (negativo) ejemplo portugués, los alemanes la consideraron muy peligrosa. En aquellos años se configuró la posición alemana respecto al futuro de España. Era una política de doble filo: "Mientras a nivel oficial se mantenía una relación amistosa que tenía en cuenta los intereses económicos y políticos de la RFA, por otra parte, a través del SPD y la DGB [la central sindical alemana], se apoyaba al partido y al sindicato hermano", es decir al PSOE y a la *Unión General de Trabajadores* (UGT)⁵⁰.

Para la política alemana, en el primer lustro de los años setenta se estaba cristalizando la idea de que en España había que apoyar a las fuerzas "moderadas", distanciándose al mismo tiempo de los comunistas. En mayo de 1974, el Ministro alemán de Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, insistió en una entrevista con el Presidente estadounidense Richard Nixon y el Secretario de Estado (Ministro de Exteriores) Henry Kissinger en que las potencias occidentales debían ponerse en contacto con los potenciales sucesores de Franco en el sector democrático para allanar el camino hacia la democracia; había que fortalecer las fuerzas democráticas entre los partidos y los sindicatos⁵¹.

El primer discurso de la Corona ante las Cortes Generales con ocasión del juramento de don Juan Carlos como Rey de España, en noviembre de 1975, causó una honda impresión en el entonces Canciller alemán Helmut Schmidt. En sus

"Memorias", escribiría más tarde: "Tenemos que apoyar estas tendencias de Juan Carlos. No debemos en ningún caso presionar, pues esto podría desencadenar movimientos como en Portugal, pero tampoco debemos dudar de nuestras firmes expectativas de que en España se va hacia un Estado democrático de derecho y a una sociedad abierta [...] Estas frases las escribí de mi puño y letra y se las entregué a nuestro Ministro de Exteriores"⁵². El socialdemócrata Schmidt se alineaba, pues, con la posición de las demás potencias occidentales al apoyar a Juan Carlos como factor de estabilidad. Además, en estas palabras ya se percibía claramente el temor que en aquellos meses recorría todas las cancillerías occidentales: que España podría correr la misma suerte que la vecina Portugal después de la "Revolución de los Claveles" e inclinarse hacia una posición izquierdista y anti-atlantista. Esto había que impedir a toda costa. En cierta manera, la intención de impedir una "portugalización" de la situación española era el hilo conductor de la política alemana frente a España durante la Transición.

Los pocos autores que se ocupan del papel de Alemania en la Transición española concuerdan en que la República Federal de Alemania fue un actor clave que desarrolló la acción más amplia en el tiempo, diversificada en cuanto a los actores que intervinieron y recibieron su apoyo, y condicionante por los resultados alcanzados⁵³. Entre los actores no gubernamentales, merece destacarse el papel de la Internacional Socialista ya que fue el actor que intervino de una forma más directa y con mejores resultados en el proceso de Transición siendo de especial interés que el Presidente de dicha Internacional en los años que se discuten en este contexto, fue el ex-Canciller alemán Willy Brandt cuyo partido, la SPD, seguía en el gobierno en Bonn⁵⁴.

A lo largo de 1975, el PSOE desarrolló una clara visión del proceso de transición que habría de tener lugar después de la muerte de Franco: control de todo el proceso desde el gobierno, debilitamiento de los comunistas (*Partido Comunista de España*, PCE) y fortalecimiento de las fuerzas de la izquierda moderada (PSOE). Los socialdemócratas alemanes hicieron suyo este análisis, dirigiendo una rápida e intensa operación de promoción del PSOE tanto frente al Gobierno español como a nivel europeo; en pocos meses, ya antes de la muerte de Franco, el PSOE logró alzarse, con ayuda de esta ayuda exterior, como un actor fundamental en la Transición que se esperaba. Y después de la muerte del dictador, el PSOE lograría ser –con el respaldo de los partidos socialdemócratas europeos– el factor esencial

para el apoyo europeo a la apertura del sistema político español. El respaldo del proceso de Transición por importantes gobiernos europeos, principalmente el alemán, pasó por lo tanto por la interpretación que el PSOE estaba haciendo del desarrollo en España.

Desde el comienzo de sus actividades en 1976 hasta 1984, la *Fundación Friedrich Ebert (Friedrich Ebert Stiftung, FES)* organizó en España más de 1500 encuentros (cursos, seminarios, coloquios) sobre temas de organización para partidos y sindicatos⁵⁵. El director de la FES en Madrid, Dieter Koniecki, trató de evitar desde un principio la sensación de una tutela paternalista, si bien por otro lado en la prensa de la Transición se hablaba continuamente del "Oro del Rin", refiriéndose a la masiva ayuda financiera del PSOE proveniente de Alemania.

Siguiendo los consejos del PSOE, el Gobierno alemán no hizo, en 1976, ningún gesto de apoyo explícito al Presidente Carlos Arias Navarro. Pero entre bastidores, Bonn en cierta manera era una especie de representante de España ante los aliados europeos. Mientras que el Canciller Schmidt, p. ej., insistía en la idea que había que estimular a España a seguir en el camino emprendido, ofreciéndole convenios comerciales, el Presidente francés Giscard d'Estaing era de la opinión que una asociación de España a la Comunidad Europea por aquel entonces no era un tema "actual"⁵⁶. Y también en la reunión de los Ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europa el 12 de septiembre de 1976, el alemán Genscher se expresó de manera muy positiva sobre el desarrollo español instando a sus colegas europeos a que ayudaran a España en su difícil cometido. A principios de 1977, el Canciller Schmidt reconoció en una conversación con el Presidente de Gobierno español Adolfo Suárez y el Rey Juan Carlos, cuánto había logrado España en tan poco tiempo; recalcó el interés alemán en que el proceso de democratización tuviera éxito. España debía entrar en una fase de estabilidad política y económica. Todos se mostraron preocupados por un posible empeoramiento de la situación económica y social.

Resumiendo, se puede decir que el papel jugado por el gobierno socialdemócrata-liberal alemán y la Internacional Socialista en la Transición española fue de gran importancia para el advenimiento de la democracia en general y para el ascenso del PSOE y de la UGT en particular. Los socialistas españoles no olvidarían este apoyo de sus homólogos alemanes.

Poco después de finalizada exitosamente la Transición, Alemania volvería a

tener la oportunidad, en la primera mitad de los años ochenta, de apoyar a Madrid en otro cometido importante de la política española: el ingreso de España en la Comunidad Europea. El apoyo de Alemania –concretamente del Canciller Helmut Kohl a partir de 1982– a la integración de España en la Comunidad Europea fue un elemento clave. En el Consejo Europeo de Stuttgart, de junio de 1983, quedó vinculada la ampliación comunitaria y su reforma interna al incremento de los recursos comunitarios, fundamentalmente alemanes⁵⁷. La ayuda alemana fue vital para el ingreso de España en la Comunidad Europea, "a cambio de contrapartidas económicas y apoyo español a la política alemana en Europa"⁵⁸. Pocos años más tarde, en 1989/90, España estaría en condiciones de mostrar su apoyo a Alemania, cuando cayó el Muro de Berlín y se presentó la situación histórica de una posible reunificación alemana.

La postura de España frente a la unificación alemana era más libre que la de otros países europeos debido a que España no tenía ningún contencioso histórico con Alemania; muy al contrario: el gobierno español desde hace años había intensificado sus relaciones con Alemania y era consciente del papel positivo que los alemanes habían jugado en la Transición española. El primer viaje al extranjero del Ministro de Asuntos Exteriores de la Transición, José María de Areilza, había sido a Bonn; y el primer viaje que había hecho Felipe González, como Jefe de Gobierno, a un país europeo, fue a Alemania. Además, desde hace años se celebraban regularmente cumbres hispano-alemanas.

Debido a razones geográficas y ante todo históricas, se puede decir que en términos generales España no veía con la misma prevención que los Estados centroeuropeos la rapidez del proceso de unificación; el Gobierno de Madrid se preocupaba casi exclusivamente de sus repercusiones sobre la buena marcha de la Comunidad Europea. De ahí que la relación de Kohl con González era mucho menos suspicaz que la que el Canciller mantenía con otros jefes de gobierno europeos. González incluso afirmó, en una conferencia de prensa: "No tenemos nada que perder y sí que ganar [con la unidad alemana] siempre que nuestra respuesta sea profundizar la construcción europea"⁵⁹. Y cuando el Canciller alemán confirmó su apego a la unión monetaria de la Comunidad Europea y a la fase que culminaría la construcción comunitaria, el Presidente del Gobierno español prestó su apoyo incondicional a la formación de una sola Alemania.

Finalizada exitosamente la Transición, que cambió sustancialmente y de manera muy positiva la visión alemana sobre España, llovieron reportajes en la prensa germana sobre la nueva España europea, pionera en derechos y libertades, floreciente en lo cultural y en el sector deportivo, próspera en lo económico. La opinión pública alemana mostró en las últimas décadas una gran simpatía y admiración hacia España, basada en un profundo y reiterado aplauso tanto por la Transición democrática, como por el espectacular desarrollo económico hasta comienzos del siglo XXI. Ambas dimensiones se atribuían a la vitalidad y pluralidad de la sociedad española. Con frecuencia, en los medios alemanes se ponía a los españoles como ejemplo: en unos casos, ante los países que fueron candidatos para la ampliación de la Unión Europea, como punto de referencia de la transformación de unas estructuras políticas y sociales arcaicas; en otros casos, ante la propia sociedad alemana, para mostrar la necesidad y capacidad para liberalizar y flexibilizar unas estructuras económicas. La opinión alemana acerca de los españoles era muy positiva. Hasta hace poco, los españoles eran el quinto país que les venía a la cabeza a los alemanes cuando pensaban en Europa, y España era el cuarto país por el que los alemanes decían sentir más simpatía.

Esta imagen perduraría hasta el comienzo de la actual crisis en el año 2008. Desde entonces, la visión alemana sobre España y la visión española sobre Alemania han empeorado sensiblemente⁶⁰. Algunos españoles, que no todos, responsabilizan a Alemania, y en concreto a la Canciller Angela Merkel con su política de austeridad, de las desgracias españolas⁶¹. Según estudios de Metroscopia, la imagen favorable que los españoles tenían de Alemania descendió, entre 2010 y 2012, del 78% al 68%. Un 74% de españoles cree que la postura de Alemania no es la adecuada en esta crisis. Y Angela Merkel ha pasado de ser la segunda figura política mundial más valorada a ocupar un sexto puesto⁶².

En situaciones de crisis, crece la tentación de reavivar viejos prejuicios. Se busca a culpables, y casi siempre son los "otros", preferentemente los que se diferencian de nosotros y son diferentes. También en esta crisis, han resurgido todos los clichés y prejuicios sobre el "otro", algunos incluso han empeorado. Siesta, sangría, toros y playas por un lado, cerveza, técnica automovilística y nazis por otro. Una multitud de alemanes parece opinar que España actualmente está pagando las consecuencias del despilfarro, el pelotazo inmobiliario y la falta de previsión,

mientras que la gran mayoría de españoles considera que Alemania está más preocupada por defender su economía que por los intereses europeos.

Hoy, España es noticia por cosas penosas y tristes que están pasando en el país ibérico. Pero no hay razones para rasgarse las vestiduras. No está surgiendo una nueva Leyenda Negra orquestada por una conjura infame o, como diría un general del pasado, por una conjuración judeo-masónica. En absoluto. En Alemania y en los demás países europeos la hispanofilia sigue mayoritaria; España sigue siendo el destino predilecto tanto de los turistas como de los universitarios europeos; el fútbol español tiene seguidores en cualquier rincón del planeta, al igual que la cultura de este país.

Lamentablemente, la "España en crisis" está de moda en los medios internacionales, también en los alemanes. Pero junto a sus enormes problemas, la crisis también tiene ventajas colaterales: muchos españoles se han puesto a aprender alemán, una lengua que les parece difícil, pero no imposible de aprender. Si bien es verdad, que el repentino boom del alemán en España se debe al interés por lograr un puesto de trabajo en Alemania, eso no debiera ser motivo de queja, pues una vez en Alemania, todas estas inteligentes personas españolas notarán muy pronto cómo es el país anfitrión de verdad, y que no todos los germanos son cabezas cuadradas aburridas, incapaces de celebrar una fiesta⁶³.

¿Cómo se puede avanzar en la superación de la crisis? En lo que atañe a las relaciones entre los dos países, sería bueno convertir la necesidad en virtud, situando el debate en términos del papel de Europa en el mundo y no de rivalidad entre países europeos y menos de victimario y víctima. Las empresas punteras siguen contando con gran prestigio en el otro país, y la afinidad entre las élites políticas y económicas de ambos países sigue siendo elevada. En la actualidad, el desafío de las relaciones entre Alemania y España está en combinar realismo y una decidida voluntad de construir Europa para que las percepciones mutuas de una amistad de tiempos pasados, a veces difícil de justificar racionalmente, siga impregnando las relaciones actuales. Será a través de un esfuerzo continuo de identificar y de potenciar la convergencia de intereses mutuos cómo se debe de enfocar y, consiguientemente, valorar esa relación.

Lo que sí se está empezando a discutir sería y responsablemente en círculos académicos es si lo que está viviendo España en estos últimos años son signos de

que el ciclo español iniciado con la muerte de Franco en 1975 ha llegado a su fin. Es posible que así sea, y esta nueva situación requiere mucha paciencia, realismo y sentido común por parte de todos. Justamente los alemanes y españoles que desde hace muchos años están involucrados en mantener y desarrollar las relaciones entre los dos países, tienen una responsabilidad especial porque estas relaciones no se deterioren. Luchemos conjuntamente por conservarlas.

Bibliografía

- Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik, 1918-1945*. Aus dem Archiv des Auswärtigen Amtes, Serie D (1937-1945), vol. III: *Deutschland und der Spanische Bürgerkrieg 1936-1939*. Baden-Baden 1951.
- Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik*. Aus dem Archiv des Auswärtigen Amtes 1976 II, Baden-Baden 1976.
- Albes, Jens (1996): *Worte wie Waffen. Die deutsche Propaganda in Spanien während des Ersten Weltkrieges*. Essen: Klartext.
- Alff, Wilhelm (1971): "Die Flüchtlinge der spanischen Republik als politische Verfolgte der deutschen Besatzungsmacht in Frankreich (1940-1944)". En: idem: *Der Begriff Faschismus und andere Aufsätze zur Zeitgeschichte*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 148-149.
- Alvarez Barrientos, Joaquín (1998): "En torno a las nociones de andalucismo y costumbrismo". En: Joaquín Alvarez Barrientos / Alberto Romero Ferrer (eds.): *Costumbrismo andaluz*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp.11-18.
- Aschmann, Birgit (1999): *"Treue Freunde..."? Westdeutschland und Spanien 1945-1963*. Stuttgart: Franz Steiner.
- (2000): „'Stolz wie ein Spanier'. Genese und Gestalt des deutschen Spanienbildes in der Nachkriegszeit“. En: Aschmann, Birgit / Salewski, Michael (eds.): *Das Bild "des Anderen". Politische Wahrnehmung im 19. und 20. Jahrhundert*. Stuttgart: Franz Steiner, pp. 90-108.
- Astheimer Sven (2012): "Goethe, Daimler und Bosch". En: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19-XI-2012, p. 1.
- (2013): "Die Spanier sind da". En: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9/10-II-2013, pp. C1/C2.
- Baumeister, Martin (2007): "Diesseits von Afrika? Konzepte des europäischen Südens". En: Schenk, Frithjof Benjamin / Winkler, Martina (eds.): *Der Süden. Neue Perspektiven auf eine europäische Geschichtsregion*. Frankfurt am Main / New York: Campus, pp. 23-47.
- Bernecker, Walther L. (2002a): "1962, un año crucial para el régimen franquista: las huelgas, el 'contubernio' y Europa". En: Vega Cernuda, Miguel Angel / Wegener, Henning (eds.): *España y Alemania. Percepciones mutuas de cinco siglos de historia*. Madrid: Complutense, pp. 47-59.
- (2002b): "Alemania y España en la época del nacionalsocialismo". En: Vega Cernuda, Miguel Angel / Wegener, Henning (eds.): *España y Alemania. Percepciones mutuas de cinco siglos de historia*. Madrid: Complutense, pp. 155-181.

- / Freisinger, Hubertus (2002): "Las huelgas mineras asturianas de 1962 y su repercusión mediática en Alemania". En: Vega García, Rubén (coord.): *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*. Gijón: Trea, pp. 395-421.
- Braudel, Fernand (1982, primera edición 1949): *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. 2 vols. Paris: Armand Colin.
- et al. (1993): *Die Welt des Mittelmeeres. Zur Geschichte und Geographie kultureller Lebensformen*. Frankfurt am Main: Fischer.
- Briesemeister, Dietrich (1981): „'allerhand iniurien schmehkarten pasquill vnd andere schandlose ehrenrührige Schriften vnd Model'. Die antispánischen Flugschriften in Deutschland zwischen 1580 und 1635“. En: *Wolfenbütteler Beiträge* 4, pp. 147-190.
- (1984): "Die spanische Landeskunde in Deutschland nach 1945". En: Segoviano, Carlos / Navarro, José M. (eds.): *Spanien und Lateinamerika. Beiträge zu Sprache, Literatur, Kultur. Festschrift für Anton und Inge Bemmerlein*. Stuttgart: Deutscher Spanischlehrerverband, vol. I, pp. 64-100.
- (1988): "Spanien in der deutschen Essayistik und Zeitungsberichterstattung der Jahre 1945 bis 1968". En: *Hispanorama*, 50, pp. 83-90
- (2000): "El auge del hispanismo alemán (1918-1933)". En: Salas, Jaime de / Briesemeister, Dietrich (eds.): *Las influencias de las culturas académicas alemana y española desde 1898 hasta 1936*. Madrid / Frankfurt am Main, pp. 267-286.
- (2004a): "Die Iberische Halbinsel und Europa. Ein kulturhistorischer Rückblick". En: Wentzlaff-Eggebert, Harald (ed.): Dietrich Briesemeister: *Spanien aus deutscher Sicht. Deutsch-spanische Kulturbeziehungen gestern und heute*. Tübingen: Niemeyer, pp. 3-21.
- (2004b): "Die spanische Verwirrung (J. W. von Goethe). Zur Geschichte des Spanienbildes in Deutschland". En: Wentzlaff-Eggebert, Harald (ed.): Dietrich Briesemeister. *Spanien aus deutscher Sicht. Deutsch-spanische Kulturbeziehungen gestern und heute*. Tübingen: Niemeyer.
- Brüggemann, Werner (1956): "Die Spanienberichte des 18. und 19. Jahrhunderts und ihre Bedeutung für die Formung und Wandlung des deutschen Spanienbildes". En: Görresgesellschaft (ed.) / Juretschke, Hans: *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens* 12. Münster: Aschendorff, pp. 1-146.
- Calzada Puig, José Luis (1997): "Germanófilos y aliadófilos en la España de 1914". En: *Historia y Vida* 30, pp. 80-86.
- Carrier, James G. (1995): *Occidentalism. Images of the West*. New York: Oxford University Press.
- Collado Seidel, Carlos (1991): *Die deutsch-spanischen Beziehungen in der Nachkriegszeit*. Saarbrücken: Verlag für Entwicklungspolitik.
- Díaz Plaja, Fernando (1973): *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la Guerra Europea*. Barcelona: Dopesa.
- Dietrich, Ute / Winkler, Martina (eds.) (2000): *Okzidentbilder – Konstruktionen und Wahrnehmungen*. Leipzig: Leipziger Universitätsverlag.
- Domarus, Max (1963): *Hitler. Reden und Proklamationen 1932-1945. Kommentiert von einem deutschen Zeitgenossen*. 2 vols. Würzburg: Löwit.
- Duff, Charles (1949): *Spanien, der Stein des Anstoßes. Ein Überblick über die innen- und außenpolitische Lage des heutigen Spanien*. Hamburg: Europäische Verlagsanstalt.

- Duve, Thomas (2012): 'Deutscher Geist', 'Deutsche Wissenschaft' und die Lateinamerika-Forschung. En: Boer, Pim den et al. (eds.): *Europäische Erinnerungsorte*. Vol. 3: *Europa und die Welt*. München: Oldenbourg, pp. 195-205.
- Düwell, Kurt (1976): *Deutschlands auswärtige Kulturpolitik 1918-1932*. Köln: Böhlau.
- García Cárcel, Ricardo (1992): *La leyenda negra: historia y opinión*. Madrid: Alianza.
- Genscher, Hans-Dietrich (1995): *Erinnerungen*. Berlin: Siedler.
- Goebbels, Joseph (1977): *Tagebücher 1945. Die letzten Aufzeichnungen. Introducción de Rolf Hochhuth*. Hamburg: Hoffmann und Campe.
- Hellwig, Karin (ed.) (2007): *Spanien und Deutschland – Kulturtransfer im 19. Jahrhundert. España y Alemania – Intercambio cultural en el siglo XIX*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Juderías, Julián (1986) [1914]: *La leyenda negra*. Madrid: Vervuert.
- Juretschke, Hans (ed.) (1997): *Zum Spanienbild der Deutschen in der Zeit der Aufklärung. Eine historische Übersicht*. Münster: Aschendorff.
- Karge, Henrik (2009): "La fantasía viaja por los caminos más asombrosos – las ciudades andaluzas desde la perspectiva de los viajeros europeos del siglo XIX". En: Martínez de Carvajal, Angel Isac / Ocón Fernández, María (eds.): *Intercambios culturales entre España y Alemania en el siglo XIX: arquitectura, filología, estética, ciudad*. Granada: Universidad de Granada, pp. 205-209 (versión alemana, más extensa: *ibid.*, pp. 133-150).
- Keyserling, Hermann von (1931): *Spektrum Europas*. Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt.
- Kleinfeld, Gerald R. / Tambs, Lewis A. (1979): *Hitler's Spanish Legion*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Molina Martínez, Miguel (1991): *La leyenda negra*. Madrid: Nerea.
- Morales Lezcano, Víctor 1980: *Historia de la no-beligerancia española durante la Segunda Guerra Mundial*. Las Palmas: Mancomunidad Interinsular Cabildos las Palmas.
- Morán, Fernando (1990): *España en su sitio*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Muñoz Molina, Antonio (2013): "Auf Distanz. Über die Entfremdung von Spaniern und Deutschen in der Wirtschaftskrise". En: *Der Spiegel*, 31, pp. 52 y s.
- Muñoz Sánchez, Antonio (2007): "La Fundación Ebert y el socialismo español de la dictadura a la democracia". En: *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29, pp. 264-270.
- Navarro, Vicenç (2013^a): "Las responsabilidades del 'establishment' alemán en la crisis española". En: *Público*, 7-II-2013.
- Navarro, Vicenç (2013^b): "La relación imperial del establishment alemán". En: *Público*, 4-IV-2013.
- Noehles-Doerk, Gisela (ed.) (1996): *Kunst in Spanien im Blick des Fremden. Reiseerfahrungen vom Mittelalter bis in die Gegenwart*. Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert (Ars Iberica, 2).
- Ortuño, Pilar (2001): *European Socialists and Spain. The Transition to Democracy, 1959-1977*. Houndsmill: Siedler.
- Pereira Castañares, Juan Carlos (2004): "El factor internacional en la transición española: la influencia del contexto internacional y el papel de las potencias centrales". En: *Studia Historica* (Universidad de Salamanca), vol. 22, pp. 185-224.

- Peter, Antonio (1992): *Das Spanienbild in den Massenmedien des Dritten Reiches 1933-1945*. Frankfurt am Main: Lang.
- (1997): "España en la prensa y la literatura de la Alemania nazi". En: *Historia y Vida*, vol. 356, pp. 30-41.
- Pöppinghaus, Wolfgang (1992): "¿Intercambio cultural, proyección cultural o imperialismo cultural? Aspectos de las relaciones culturales germano-españolas entre 1918 y 1932". En: Bernecker, Walther L. (ed.): *España y Alemania en la Edad Contemporánea*. Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 89-118.
- Randa, Alexander von (1962): *Das Weltreich*. Olten: Walter.
- Ruhl, Klaus (1975): *Hitler, Franco und die Falange*. Hamburg: Hoffmann und Campe.
- Said, Edward (2003): *Orientalism*. London: Vintage.
- Sartorius, Nicolás / Sabio, Alberto (2007): *El final de la Dictadura. La conquista de la democracia en España (noviembre 1975 - junio 1977)*. Madrid: Temas de Hoy.
- Schenk, Frithjof Benjamin / Winkler, Martina (2007): "Einleitung". En: idem (eds.): *Der Süden. Neue Perspektiven auf eine europäische Geschichtsregion*. Frankfurt am Main / New York: Verlag der österreichischen Akademie der Wissenschaften, pp. 7-20.
- Schilling, Heinz (2002): "Del Imperio común a la leyenda negra: la imagen de España en la Alemania del siglo XVI y comienzos del XVII". En: Vega Cernuda, Miguel Angel / Wegener, Henning (eds.): *España y Alemania. Percepciones mutuas de cinco siglos de historia*. Madrid: Complutense, pp. 37-61.
- Schmidt, Helmut (1996): *Weggefährten, Erinnerungen und Reflexionen*. Berlin: Siedler.
- Schmidt, Peer (2001): *Spanische Universalmonarchie oder "teutsche Libertet". Das spanische Imperium in der Propaganda des Dreißigjährigen Krieges*. Stuttgart: Franz Steiner.
- Sepasgosarian, Ramin Alexander (1993): *Eine ungetrübte Freundschaft? Deutschland und Spanien 1918-1933*. Saarbrücken: Verlag für Entwicklungspolitik.
- Siebenmann, Gustav (1989): *Essays zur spanischen Literatur*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Speer, Albert (1975): *Spandauer Tagebücher*. Frankfurt: Propyläen.
- Watson, George (1984): "Was Hitler a Marxist? Reflections about certain Affinities". En: *Encounter*, vol. 63, nº 5, pp. 19-25.
- Weber, Petra-Maria (1992): *Spanische Deutschlandpolitik 1945-1958. Entsorgung der Vergangenheit*. Saarbrücken: Verlag für Entwicklungspolitik.
- Wohlfeil, Rainer (1965): *Spanien und die deutsche Erhebung 1808-1814*. Wiesbaden: Franz Steiner.
- (1968): "Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939. Zur Deutung und Nachwirkung". En: *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, N^o 16, pp. 101-119.
- Zimmermann, Christian von (1997): *Reiseberichte und Romanzen. Kulturgeschichtliche Studien zur Perzeption und Rezeption Spaniens im deutschen Sprachraum des 18. Jahrhunderts*. Tübingen: Niemeyer.

¹ Cf. Schenk / Winkler 2007, pp. 7-20. La novela: Thomas Mann (1960): "Der Tod in Venedig", en: idem: *Erzählungen*. Frankfurt am Main, pp. 444-525.

² Said 2003.

³ Cf. Carrier 1995. Dietrich / Winkler 2000.

⁴ Braudel 1982. Cf. también Braudel et al. 1993.

⁵ Cf. Schilling 2002. El tomo colectivo con el ensayo de Schilling reúne una serie de excelentes ensayos sobre las percepciones mutuas de España y Alemania desde la Edad Media hasta nuestros días.

⁶ Cf. García Cárcel 1992, pp. 158 y s.

⁷ Cf. Juderías 1986 [1914]; Molina Martínez 1991.

⁸ Cf. Baumeister 2007.

⁹ Cf. Briesemeister 2004, p. 101.

¹⁰ Cf. Briesemeister 2004, pp. 97-112.

¹¹ Cf. Briesemeister 1981, pp. 147-190.

¹² Para la visión que los alemanes tenían de los españoles en la propaganda de la Guerra de los Treinta Años, cf. Schmidt 2001.

¹³ El resumen según Briesemeister 2004a.

¹⁴ Cf. Briesemeister 2004, p. 101.

¹⁵ Cf. Juretschke 1997. Cf. también diferentes ensayos en Siebenmann 1989.

¹⁶ Sobre la percepción y recepción de España en Alemania durante el siglo XVIII, cf. Zimmermann 1997.

¹⁷ Bajo el signo del Romanticismo, la idea de la España católica junto con su imagen contraria, es decir Al-Andalus, brillando aún más desde la mirada retrospectiva, empezó a fascinar al público culto europeo. España (por cierto, junto con Alemania) se convirtió en destino por excelencia de los viajeros románticos. Cf. al respecto Karge 2009. Noehles-Doerk 1996.

¹⁸ Cf. Brüggemann 1956.

¹⁹ Sobre el "intercambio cultural" en el siglo XIX entre España y Alemania como proceso dinámico de penetración y recepción entre países y como adquisición de valores culturales y artísticos, cf. los artículos en el tomo colectivo de Hellwig 2007.

²⁰ Sobre Alemania y España en las guerras antinapoleónicas, cf. Wohlfeil 1965.

²¹ Cf. Alvarez Barrientos 1998, pp. 11-18.

²² Cita apud Briesemeister 2004a, p. 12. Cf. Keyserling 1931.

²³ Cf. Sepasgosarian 1993.

²⁴ Albes 1996.

²⁵ Sobre los debates en España acerca de tomar partido en la guerra por uno de los dos bandos, cf. Díaz Plaja 1973; Calzada Puig 1997, pp.80-86.

²⁶ Para las relaciones germano-españolas en la época de entreguerras, cf. Sepasgosarian 1993.

²⁷ Para lo que sigue, cf. Briesemeister 2000.

²⁸ Sobre el origen de las "Auslandswissenschaften", cf. Duve 2012. Cf. también Albes 1996.

²⁹ Sobre la política cultural alemana hacia el exterior durante la República de Weimar, cf. Düwell 1976; y sobre la política cultural alemana frente a España, cf. Pöppinghaus 1992, pp.89-118.

³⁰ El discurso de Hitler en el acto oficial celebrado el 6 de junio de 1939 con motivo del regreso de la Legión Cóndor, donde subrayó lo "doloroso" de "haber tenido que guardar silencio sobre vuestra lucha durante tantos años", aparece reproducido en la obra de Domarus 1963, pp.195-205.

³¹ Los ejemplos están tomados de Alff 1971.

³² Nota del director del departamento de Prensa Aschmann, Berlín, 23 de noviembre de 1936. En: *Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik, 1918-1945*, p. 119.

³³ Schwendemann al Ministerio de Exteriores, 23 de julio de 1936. En: *Ibid.*, p. 7.

³⁴ Schwendemann al Ministerio de Exteriores, 25 de julio de 1936. En: *Ibid.*, p. 13.

³⁵ Nota del jefe de sección ministerial Dieckhoff, Berlín, 22 de agosto de 1936. En: *Ibid.*, p. 44.

³⁶ Cf. al respecto Morales Lezcano 1980. Más profundamente trata el tema Ruhl 1975. Sobre la "División Azul" véase el resumen de Kleinfeld / Tams 1979.

³⁷ Cuando en 1945 algunos falangistas murieron asesinados a manos de "comunistas" en España, la prensa inició "una campaña marcadamente antibolchevique". Joseph Goebbels anota en su diario: "Pero detrás de ello no hay por supuesto ninguna seriedad política. Franco es un verdadero gallina. Cuando se le presenta una ocasión propicia, se pavonea todo, pero una vez pasada esa ocasión se amilana y acobarda". Goebbels 1977, pp. 76-77.

³⁸ Speer 1975, pp. 252 y ss. Cf. también a este respecto Watson 1984.

³⁹ Sobre la imagen de España en los medios masivos del Tercer Reich, cf. Peter 1992; resumiendo *idem* 1997; cf. también Bernecker 2002b.

⁴⁰ Duff 1949.

⁴¹ Sobre las relaciones postbélicas entre Alemania y España, cf. Collado Seidel 1991; Weber 1992; Aschmann 1999.

⁴² Cf. la presentación detallada de muchos artículos periodísticos y publicísticos de las dos primeras décadas postbélicas, que dibujan un panorama positivo y atractivo de España en los años cincuenta y sesenta, en Briesemeister 1988; y, de manera ampliada, idem 1984.

⁴³ Sobre la génesis y los cambios de la imagen que tenían los alemanes en la postguerra de España, cf. Aschmann 2000.

⁴⁴ Randa 1962.

⁴⁵ Cf. Wohlfeil 1968, pp.101-119.

⁴⁶ Sobre el "contubernio" y su contexto político-social, cf. Bernecker 2002a.

⁴⁷ Parte de la extensa bibliografía crítica con el franquismo de los años sesenta y setenta, se reseña en el artículo de Bernecker / Freisinger 2002.

⁴⁸ Cf., al respecto, Muñoz Sánchez 2007, pp.264-270.

⁴⁹ Cita apud Sartorius / Sabio 2007, p. 651.

⁵⁰ Ibid., p. 654.

⁵¹ Genscher 1995, pp. 232 y s., 371 y s.

⁵² Schmidt 1996, p. 96.

⁵³ Pereira Castañares 2004, pp.185-224.

⁵⁴ Ortuño 2001.

⁵⁵ Cf. "Durch die Seitentür", en: Der Spiegel 27, 1984, p. 39.

⁵⁶ Aufzeichnung des Bundeskanzlers Schmidt (13.7.1976), en: Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik 197, pp. 1051-1058.

⁵⁷ Cf. Morán 1990, pp. 164-166.

⁵⁸ Pereira Castañares 2004, p. 216.

⁵⁹ El País 3- III -1990, p. 7.

⁶⁰ Cf. Muñoz Molina 2013.

⁶¹ Uno de los críticos más enconados de la política de la Canciller Merkel es Vicenç Navarro, quien publica artículos en su blog del periódico *Público*. Cf. Navarro 2013a y 2013b, en los que acusa a los bancos y al gobierno alemanes de dictar e imponer a los países periféricos de la eurozona una serie de políticas públicas que están dañando el nivel de vida y bienestar social de las clases populares de los países del sur europeo.

⁶² Cf. "Alemania-España, recelos mutuos", en: El País, 16-IX-2012, p. 24.

⁶³ Cf. "El 'efecto Merkel' sacude la enseñanza de idiomas", en: El País, 10-XI-2012, pp. 34 y s.; Astheimer 2012; idem 2013.